

**Narrativa** Detrás del pseudónimo Vernon Lee aflora Violet Paget, dama victoriana italianizada creadora de atmósferas sobrecogedoras

## Tres piezas de fantasía

**Vernon Lee**  
**La voz maligna**  
Traducción de Ana Becciu

ATALANTA  
168 PÁGINAS  
16 EUROS

**ROBERT SALADRIGAS**

Desde una casa de campo próxima a Florencia, llamada *Il Palmerino*, Vernon Lee, pseudónimo de Violet Paget, británica nacida en 1856 accidentalmente en el Château St. Leonard, de la ciudad francesa de Boulogne, escribió las tres piezas singulares que componen el volumen *La voz maligna* (*The wicked voice*), título de una de ellas, aparecido en la década de los ochenta del siglo XIX. Antes, a los 24 años, la joven británica italianizada –vivía a orillas del Arno desde 1873 con la madre y su absorbente hermanastro Eugene– había sorprendido publicando un estudio sobre la música en el siglo XVIII italiano, un periodo al que dedicó buena parte de sus labores intelectuales. Decidió firmarlo como Vernon Lee, convencida de que el trabajo erudito de una mujer despertaría recelos en la sociedad cultural de la época.

Protagonizados por seres perturbados por la pasión, los relatos de la escritora británica desprenden un deslumbrante aroma fantástico

En las páginas finales del libro Menchu Gutiérrez hace un soberbio recorrido por la personalidad y la vida de Violet Paget, hasta su muerte en 1935. Por ella sabemos que fue una mujer de carácter recio, compleja y tiranizadora, fascinada a la manera romántica por los enigmas del pasado que quiso trasladar al presente a través de la biografía, el teatro, la novela, el relato, el libro de viajes; admiraba la estética de Walter Pater y

John Ruskin y fue amiga de Henry James, Edith Wharton, George Eliot, Anatole France, de la poetisa Mary Hamilton con quien tuvo durante varios años una relación sentimental, del pintor Singer Sargent que pintó su retrato en 1881. Pero lo que en definitiva ha sobrevivido de la dama victoriana es su obra de creación, dotada de una rara y a la vez elegante intensidad expresiva para tejer atmósferas sobrecogedoras. Lo demuestran esos tres hermosos relatos que al leerlos me traen a la memoria la célebre distinción de Coleridge entre *imagination* y *fancy*. Escritores imaginativos son aquellos que se inspiran en experiencias cotidianas para luego, convenientemente elaboradas, transformarlas en material literario, es decir, artístico. El narrador fantástico construye las ficciones partiendo de hechos extraordinarios o sobrenaturales, casi siempre

vinculados con la superstición religiosa o con la visibilidad del mal. Las historias de espectros o de fenómenos insertos en la realidad que no es posible explicar desde los códigos de la razón forman el núcleo principal de esa literatura que se nutre de la fantasía y la mayoría de las veces está directamente relacionada con la vertiente oscura, satánica, de la psique de sus autores.

Tengo la impresión de que en Violet



La plaza San Marco de Venecia

ARCHIVO

Paget, a juzgar por los tres relatos que he leído con auténtico goce, se da la doble condición de narradora imaginativa y fantástica. Sospecho que se apoyan en elementos de su vida sobre todo interior vertidos en forma de metáforas tal vez complicadas de descifrar –eso justificaría más si cabe la inclusión del inteligente epílogo de Menchu Gutiérrez–, añadidos a su incuestionable talento para crear fantasías que abarcan todos los componentes de la narración. Pienso, por poner un ejemplo que me ha impresionado, con qué sabiduría utiliza las imágenes y los colores sombríos para conseguir que los paisajes que describe –Venecia y sus contornos en el caso de la última pieza, *La voz maligna*– se integren de manera lógica en el ambiente siniestro de la historia hasta hacerlos creer que también ellos son algo irreal, hiriente, claustrofóbico. Uno tiene esa sensación ya en el primer relato, *La muñeca*, cuya protagonista es una mujer amante de las antigüedades que en Foligno, localidad de la Umbría, es seducida por una muñeca de tamaño natural descubierta en el castillo del lugar, imagen de la amada muerta de un noble antepasado que quiso conservar su recuerdo para la posteridad y que, ahora convertida en estorbo, despierta la com-

pasión de la coleccionista. En el segundo, *Amour Dure*, de puro escalofrío, la bella dama del pasado, Medea da Carpi, sin escrúpulos en su ceguera por el poder, despierta una pasión demente en el joven historiador polaco Spiridion Trepka; éste descubre sus hazañas en los legajos y sucumbe al vértigo de las fantasmagóricas apariciones de la mujer que lo atrae hacia el submundo donde habita. En el instante supremo de ese relato extremadamente cruel, los amantes que fueron víctimas de la perversa Medea advierten al joven hechizado del destino que le aguarda, pero aún así él no vacila en ir a su encuentro. Y por fin la voz perturbadora del tenor *castrati* y asesino del XVIII, Zaffirino, que emerge del tiempo para cautivar con su belleza, atribuida a los dones del Diablo, a un músico wagneriano que considera “execrable el arte del canto” pero queda prendido para siempre en las redes de su malvada sonoridad.

Algo parecido me sucede al cerrar el libro de Vernon Lee, ese inesperado regalo para los sentidos. Noto que durante unos minutos, tal vez más, permanezco bajo los efectos de su sensualidad, narcotizado por las ficciones que acabo de *vivir* de manera tan abrumadora. Y me digo: ¡qué maravilla! |